

Y en el húmedo follaje
Mil insectos luminosos
Que brillan en el ramaje
O se arrastran afanosos.

Y surgir entre la sombra,
Melancólicos, süaves
Con tal ternura que asombra,
Los cantos de extrañas aves.

Y sigue en grato concierto,
De las aves el arrullo,
Lejano, manso é incierto
De las fuentes el murmullo.

Y más que rumor, gemido
En los árboles gigantes,
Fingir el viento perdido
Entre las hojas flotantes.

Seguid, pobres golondrinas,
Buscando tan dulce cielo,
Que encontraréis, peregrinas,
A vuestras penas consuelo.

Seguid, y con rumbo cierto
Cruza la cerrada bruma;
Que os dará seguro puerto
La patria de Moctezuma.

Y dejando el mar bravío,
Alza himno de alabanza,
Llevando hasta el suelo mío
Mi recuerdo y mi esperanza.

JUSTO SIERRA.

I

EL FUNERAL BUCOLICO.

Incipe Menalios mecum mea tibia verens.
VIRG. ÉGL. VIII.

Su esfera de cristal la luna apaga
En la pálida niebla de la aurora,
Y la brisa del mar fresca y sonora
Entre los pinos de la costa vaga.

Aquí murió de amor, en hora aciaga,
Mirtilo, y bala su rebaño, llora
La primavera, y le tributa Flora
Rústico incienso cuyo olor embriaga.

Allí la pira está; doliente y grave
Danza emprenden en torno los pastores
Coronados de cipro y de verbená:

La selva plañe con murmurio suave,
Y yace, de Mirtilo entre las flores,
Oliendo á miel aún la dulce avena.

Mas llegan los pastores en bandadas
Al reir la mañana en el Oriente;
Mezclan su voz al cántico doliente,
Y se abren las violas perfumadas.

Ya se tornan guirnaldas animadas
Las danzas; ya las mueve ritmo ardiente
Al que hacen coro en la vecina fuente
Faunos lascivos y risueñas driadas.

Vibra Febo su dardo de diamante:
El baile raudo gira; el seno opreso
De las pastoras rompe en delirante

Grito de amor que llena el aire enceso.
Mirtilo, el boquirrubio, en ese instante
Vuelto habría á la vida con un beso.

Únese á los sollozos convulsivos
De los abiertos labios, el sonoro
Choque, y recogen el caliente lloro
Las rojas bocas en los ojos vivos.

¡Homenaje á Mirtilo! ¿Cómo esquivos
Podrían ser sus manes á ese coro?
Al soplo del amor y en barca de oro
Su alma huía los cármes nativos.

Las tazas nuevas en que hierve pura
La leche, vierten del redondo seno
A torrentes su nítida blancura.

Sobre el fúnebre altar de aromas lleno,
El fuego borda al fin la Pira obscura
Y asciende el sol en el zafir sereno.

Crece la hoguera, muerde con enojo
Las ramas cuya esencia bebe el viento,
Y el baile muere al exhalar su aliento
La última llama en el postrer abrojo.

En un vaso de arcilla, negro y rojo,
Recogen las cenizas al momento
Los pastores, y en tosco monumento
Guardan píos el mísero despojo.

Duerme, Mirtilo; la floresta umbría
Que en tu sepulcro abandonado vierte
Su inefable y serena poesía,

No olvidará tu dolorosa suerte:
Ni de tu amor la efímera elegía,
Ni tus bodas eternas con la muerte.

II

AL AUTOR DE "LOS MURMURIOS DE LA SELVA."

Quod si Threicio blandius Orpheo
Auditam moderere arboribus fidem
Non vane redeat sanguis imagini.

HORATII *Carminum*.—*Liber I*,
Carmen XXIV.

Probaste en la vernácula zampoña
A revivir los cánticos helenos,
Y el tallo yerto para tí retoña.

La sicilide abeja tus serenos
Versos busca, de gérmenes de vida
Y de dulzura misteriosa llenos.

A tu rústica puerta y escondida
Cuelga, entre las volutas de la hiedra,
Tu avena, en miel del Hyblos embebida;

Táñesla cual ninguno; tu grey medra
Al oirla, florecen los alcores,
La fuente ríe en el brocal de piedra,

Y cantan los arpados ruisseños.
En tu honor aun celebran su concilio,
De Febo á los cadentes resplandores,

Las Piérides sacras, y el Idilio
Enlaza á tu corona de cristiano
Una rama del lauro de Virgilio.

Oh! dime ¿no es divino, por humano,
El arte que formando egregio coro,
Con los *aedas* nace soberano,

En Athenas, de Grecia alma y decoro,
Toca al zenit y deja en los latinos
Labios, morir sus cláusulas de oro?

Creación perdurable, á los destinos
De una raza excedió; en ella informa
Lo bello al realizarse; sus genuinos

Caracteres serán perpetua norma
De la poesía, forma de la vida
A que da ser la vida de la forma.

Tú lo sabes; por eso tu alma henchida
De música inefable, trasvasaste
A la urna por Teócrito esculpida.

Y del Mincio en los cálamos posaste,
Que en perlas desgranó su cristal puro
Para hallar en tus rimas áureo engaste.

¿Y nada más? Existe en el seguro
De tu conciencia un Dios que comunica
Tu vida con el cielo, y cabe el muro

De tu humilde cabaña, en flores rica,
Una latina diosa solitaria
Tu casto amor con su blancura indica;

Al primero la íntima plegaria,
A la diosa los délficos cantares. . . .
Ay! afuera la errante procelaria

Anuncia tempestad á los hogares;
Afuera el ala férrea de los vientos,
Enloqueciendo los insomnes mares,

Los estrella del globo en los cimientos
O los arrastra en montes que naufragan,
En vórtices de sombra, y que violentos

Resurgen del abismo, al cielo amagan
Y de la tarde en la velada frente
Despedazan el Iris y lo apagan. . . .

¡Cuán bueno, cuánto al ánimo es clemente
El solemne silencio del pasado!
¡Qué deleite recóndito se siente

Si el anhelo de hoy queda olvidado
“Por la dulzura de mejor memoria!”
¡Cuán amable refugio el inviolado

Santüario del arte, en que la Historia
Semeja himno lejano, y un suspiro
La vida, y breve exhalación la gloria!

Mas ¡ay! tramontó el sol que en el zafiro
Vió transcurrir la era de alegría
En que su amor gentil cantó Títiro,

Y el viento que á Virgilio conducía
Llevaba entre sus ondas hasta el puerto
De la estrofa de Horacio la armonía!

¿Por qué crece entre el mármol del desierto
Templo del dios de Klaros, el espino?
¿Y por qué ha muerto Pan? ¡Ay! pero ha muerto,

Y de tu caña el ritmo peregrino
 ¡Oh dulce bucoliaista americano!
 El sueño del caprípedo divino

Ha de probar á interrumpir en vano.
 Duerme el numen el sueño del Averno
 Desde el día que de un altar cristiano

Bajó un estufo penetrante y tierno
 Impregnado en las lágrimas del mundo
 Y otro ideal surgió. . . . Y este era eterno

Porque era el dolor. No el infecundo
 Dolor pagano, alguna vez sublime
 Pero suicida; no, sino el profundo

Manantial que en todo hombre oculto gime,
 O al cielo en rojo surtidor se lanza:
 Dolor que santifica y que redime,

Y del que surge pura la esperanza.
 Pero aquel nuevo llanto ¡cuántas flores
 Quemó y cuán presto disolvió la alianza

De la antigua poesía y los pastores!
 El placer de vivir, y la inefable
 Fruición de embriagarse en los amores

De la mujer, la frágil, la adorable;
 La devoción por cuanto bello emana
 De la materia (que es de lo Inmutable

Cambiante perenne) culpa insana
 Digna de la Gehena fué; al altura
 Los brazos levantó la estirpe humana

Implorando piedad. . . . Mortaja oscura
 Dafnis halló en el Claustro, y la cabeza
 De espinas coronó Cloe la impura. . . .

Cual de herida colmena con presteza
 Se parten los enjambres, así huyeron
 Los dioses de la gran naturaleza;

Flores y aves exánimes cayeron,
 Desaprendió la selva misteriosa
 El habla de las brisas, y bebieron

Las estériles piedras la olorosa
 Y blonda miel de los panales rotos.
 Égloga, láctea y boquirrubia diosa,

Desamparó las greyes y los sotos,
 Y aquel, de nublos y borrascas lleno,
 Cielo, antes puro. Yace en los ignótos

Prados del asfodelo, en cuyo seno
 Extinguiese sin eco el canto grave
 Del arpa santa en que solloza el treno.

La Égloga espiró; conserva el ave
 El Iris de sus alas cuando muerta,
 Mas no los trinos de su voz suave!

Depón la flauta pánica; despierta
 A nuevo afán tu corazón, lo escuda
 Con triple bronce, y en la ola incierta

Del Ponto hirsuto, y en la mar sañuda
 De nuestra Edad demente, tu barquilla
 Lanza, ¡y que Dios en tu socorro acuda!

O sois vasos de aroma hechos de arcilla
 Y fugaz vuestra esencia se evapora,
 O augusto signo en vuestra frente brilla

De una misión, si heroica, aterradora
 ¡Oh Poetas! mostrar á los humanos
 El Sol oculto que las cimas dora.

O consumís vuestra alma en ayes vanos,
O de la prosa, triunfadora impía,
Sebéis el ideal guardar ufanos;

Lo erigís como antorcha en la sombría
Realidad, y llegáis á la ribera
De la gran noche, con la fe en el día.

Tú tienes esa fe viril y austera,
Hay en tí poderosas vibraciones,
Voces como la tuya el siglo espera.

Canta, canta al compás de los bordones
De la lira de bronce, aunque á tu acento
Estallen de dolor los corazones.

¡Qué importa! Si el dolor es el aliento
Del nuevo, que del hombre antiguo brota
Cual del carbón la llama con el viento!

Sigue en tu nave el rumbo y la derrota
Que van á lo ideal, mientras tus venas
Tengan sangre y tu cítara una nota.

Puede el Noto romper mástil y antenas,
No poner miedo en tí. ¿Qué su coraje
Es para el que hallará mares serenas

De eternamente arrullador oleaje?
Tienes seguro el puerto prometido,
No puedes desmayar en el viaje.

Nosotros sí; que el azaroso nido
De nuestra inspiración, ya no calienta
Águilas que transpongan el olvido,

Y surcando soberbias la tormenta,
Sepan clavar, vencido ya el nublado,
Su pupila en el Sol, brava y sangrienta.

¿Y en qué Sol, si ya el nuestro se ha apagado?
¿Si están mudos oráculos y altares?
Si en un rayo supremo condensado

El fulgor de los mundos estelares,
Ni un faro, ni uno solo, encender puede
En la noche sin fin de nuestros mares?

El Universo á nuestro empuje cede:
En polvo de creencias van cayendo
Sus viejos aledaños; nada excede

A esta fuerza; el Examen, el tremendo
Explosivo que mina Cielo y Tierra.....
Y rueda en tanto el Orbe, entre el estruendo

Que al estallar en inexpiable guerra
Hacen los dogmas próceres. ¡Ruina
Que se agiganta y al vidente aterra,

Y por entre la cual densa y sanguina
La ola humana rompe efervescente
Y á nuevos horizontes se encamina!

¡Nos queda la Verdad! dice el prudente;
¿Pero qué importa la verdad que pasa?
¡Solo importa lo eterno á nuestra mente!

La Ciencia, vasto mar que todo arrasa,
Es como el mar, que no tiene una gota
Para calmar la sed que nos abrasa.

Ay! no es la Duda; á la región ignota
Nos dirigimos, pero no salvamos
Nunca el abismo en que la noche flota.

Y sufrimos, ¡oh! sí, mas no dudamos;
No; sabemos que nunca de la escala
De lo Absoluto se hallarán los tramos.

Jamás tal poesía, la que exhala
El espíritu enfermo, ave que al suelo
Tiene clavada para siempre el ala,

Podrá satisfacér el hondo anhelo
Por esos ideales al proscrito
Caros: un Dios y un más allá en el cielo.....

Suspende tu canción y oirás el grito
Que el alma nueva en su naufragio lanza;
Sólo ansía una tabla: el Infinito,

Y nuestra voz á hablarle sólo alcanza
De aceptar el deber sin recompensa,
De cumplir el deber sin esperanza.....

Y nos rechaza, ¡acaso en tu fe piensa!
Arranca de las cuerdas del salterio,
Poeta y sacerdote, nota inmensa

Que al vibrar de la sombra en el imperio,
Para el grupo escogido que ama y siente,
Se torne luz y alumbre el gran misterio;

O en amor se transmute omnipotente
Y por él el enigma se resuelva
Que torna al mundo en *la Ciudad doliente*.

Pero antes tu experto labio vuelva
A copiar, en las cañas desiguales
Del dios Pan, los *murmurios de la selva*.

Y estos que lloro subjetivos males,
Si son ciertos, ¿por qué no desleirlos
En la muelle canción de los zagales?

¿Por qué de las alondras y los mirlos,
Parvada celestial que en tu arpa anida,
No han de poder los cantos adormirlos?

Ese es el secreto de la vida:
Olvidar; tú has hallado en las arenas
Un Oasis; allí cantando olvida.....

Pero no lo podrás, y tus serenas
Horas de inspiración serán turbadas
Por la agria voz de las humanas penas.

Entonces nos dirás tristes baladas,
Llenas, como las ráfagas de invierno,
De nidos rotos y hojas arrancadas.....

Aun vivirá Virgilio, ¡que es eterno!
Mas no el de la Natura dulce amante,
Sino un genio flotando entre el Infierno
Y la sombra fatídica del Dante.

FRANCISCO SOSA.

I

EL MENDIGO.

Ya no piedad sino temor abrigo,
 (No porque lleve corazón de roca)
 Si oigo que santa caridad invoca
 Envuelto en sus harapos el mendigo.

En él oculto encuentro al enemigo
 De la familia y del taller; provoca
 Al incauto holgazán á vida loca,
 Que es de su infame proceder testigo.

Si un asilo benéfico le ofrece
 La hermosa y noble caridad cristiana,
 Al nombre del asilo se enardece.

¿Trabajo le brindáis? con furia insana
 Os mira, y al instante desaparece
 Para volver á mendigar mañana.

II

QUANTUM MUTATUS AB ILLO.

¡Coronas de laurel! para el guerrero
 Emblema hermoso de eternal memoria,
 Coronas esculpidas por la historia
 En el bronce ó el mármol duradero:

Si un tiempo fuisteis el afán primero
 Del inspirado trovador, su gloria,
 Os habéis convertido en irrisoria
 Ofrenda concedida hasta al torero.

Del histrión infeliz ornáis la frente
 Entre el aplauso de la turba necia
 Que el circo asorda cual turbión rugiente.

Quien de sensato con razón se precia
 ¡Oh coronas! os mira indiferente,
 Y vuestro brillo el pensador desprecia.

III

A LA CIENCIA.

Yo no te admiro, no, cuando la prora
 Del hermoso bajel los mares hiende,
 Ni cuando altiva y poderosa asciende
 Las cumbres la veloz locomotora.

No ensalzo tu poder porque señora
 Eres del rayo que á tu voz descende,
 Ni me asombra saber cómo sorprende
 Secretos, tu mirada indagadora.

Mas si del torpe error y la mentira
 Tu luz al hombre por su bien redime
 Y en la razón y en la verdad le inspira,

Entonces tu grandeza en mí se imprime,
 Y el alma ¡oh Ciencia! con fervor admira
 Tu excelsa gloria y tu poder sublime.

IV

A LELIA.

Cuando marchite tus galanas flores
 El que es de la beldad fiero enemigo,
 Y en vano pidas protección y abrigo
 A los que fueron, Lelia, tus amores;

Cuando todos te olviden; cuando llores
 En triste soledad, sin un amigo
 Que de tu pena ruda al ser testigo
 Anhele disipar tus sinsabores,

Entonces ven á mí; conserva el pecho
 Puro el recuerdo de su afecto santo
 Y olvida tu pasado desvarío.

Entonces, Lelia, ven; mi hogar estrecho
 Contigo partiré, que no lo es tanto
 Que en él no quepan tu dolor y el mío.

ESTHER TAPIA DE CASTELLANOS.

TUS PENSAMIENTOS.

I

Yo cultivo cariñosa
 En unos preciosos tiestos
 Unas plantas florecientes
 De variados pensamientos.

Unos son blancos, muy blancos,
 Unos son negros, muy negros.
 Otros predicen ventura,
 Los otros pregonan duelo.

Los blancos dicen amor,
 Olvido dicen los negros.
 Las unos paz y alegría,
 Los otros dudas y celos.

Y un lenguaje misterioso
 Tienen esos pensamientos
 Que yo adivino en sus hojas
 Cuando en las tardes los riego.

II

El abismo que en tus ojos
 Impenetrable contemplo,
 Me recuerdan con tristeza
 Esos pensamientos negros.